

**Las voces de *Jonatás y Manuela* en la novela de
Argentina Chiriboga**

Sara Beatriz Guardia

“La voz de Sucre en los clarines da la orden de ataque. Córdoba, Morales, Ibarra y Santa Cruz exhortan a sus huestes. La bandera de Abdón Calderón agita el aire de la cumbre, mientras la caballería despliega su ofensiva. Un pelotón libertario, con bayoneta calada, arremete en lucha cuerpo a cuerpo. Por momentos el estallido de los cañones se detiene para volver con mayor estruendo. Jonatás ve a Manuela y siente estar jugando a la guerra, como cuando eran niñas”¹. Así termina el libro *Jonatás y Manuela*, de la escritora ecuatoriana, Argentina Chiriboga, publicado en 1998.

Si antes el registro trágico y lúdico de la vida y obra de las escritoras, lo permitido y lo que obliga al silencio a través de la literatura y la biografía, estuvo circunscrito a la anécdota o al escándalo, en la actualidad la narrativa escrita por mujeres tiene como signo una identidad que se presenta a través de las diferentes formas de representación que asume la pluralidad de las voces literarias femeninas. Voces que han emergido del silencio y de una larga lucha que tuvieron que librar las mujeres para imponerse en una sociedad que les negaba el derecho de incursionar en aquello que siempre había sido reservado a los hombres: la literatura.

En este proceso, el libro de Argentina Chiriboga marca un hito. No solo se trata de la presencia de un yo literario femenino y una afirmación de su identidad y su voluntad de ser, sino que esta obra está escrita desde un personaje secundario, desde la esclava que se menciona de pasada en las biografías y novelas sobre Manuela Sáenz, desde un personaje que hasta entonces apenas emergía sin mostrar su rostro. Presencia que emerge en los años que Manuela Sáenz vive desterrada en Paita, un pequeño puerto al norte del Perú, aunque tampoco es relevante para historiadores y biógrafos.

Uno de los méritos de *Jonatás y Manuela*, es que ilumina y da vida a la esclava, a ese personaje escondido detrás de la historia. Abre los cuartos oscuros, cruentos, feroces de la esclavitud, donde la explotación de las mujeres negras converge con la marginalidad de las mujeres blancas en un universo determinado por la complejidad de la sociedad colonial, la lucha por la libertad y la búsqueda de identidad. Identidad que se plantea en una sociedad dividida entre dos culturas, dos universos: el de los negros y el de los blancos, donde no existe neutralidad posible.

¹ Argentina Chiriboga. *Jonatás y Manuela*. Quito: Abrapalabra Editores, 1998, Segunda Edición.

En la obra compuesta de catorce textos, los nueve primeros están orientados a describir la vida de la abuela y de la madre de Jonatás. El punto de partida y una constante que recorre el relato es el rito de las mujeres que retan al mal para que abandone el cuerpo afiebrado de Ba-Lunda, tendida sobre hojas de plátano:

Óyenos Changó, escúchanos, Ogún, atiéndenos, Yemayá, míranos, Obatalá, intercede por Ba Lunda, Elleguá, no la desampares, Ogún, sénos propicio².

Ba Lunda, conoce bien los cantos y las plegarias, también los que imploran el poder de los dioses en beneficio de su amor por Jabí, su hombre, su compañero, el padre de su pequeña hija Nasakó. Sabe bien como hablar con ellos, y conoce sus advertencias que aparecen en sus sueños con rostro de cazador, y el miedo que se perfila en ese olor raro del que no podrá desprenderse jamás cuando es capturada con Nasakó, prisionera por siempre en ese barco que la conduce a Cartagena de las Indias lejos de su amor, de su cielo y de la libertad.

No hay consuelo posible en el largo viaje, en el que Argentina Chiriboga, pone el acento en la ausencia y el dolor por Jabí, por su cuerpo y su cálido abrazo en las noches. Noches ahora silenciosas en las que la evocación por la presencia amada marca la piel solitaria, ausente de besos, de voces y miradas. Vivirá en una eterna espera del reencuentro para sentirse como antes poseída, amada, acariciada. Es un largo viaje hasta Cartagena de las Indias, y de Cartagena de las Indias hasta las plantaciones resguardadas y vigiladas por un capataz que látigo en mano obliga a marchar por zonas infectadas de mosquitos, sedientos, encadenados, hasta llegar al Valle de las Calenturas. A partir de este momento, el relato se hace más intenso en la confrontación con ese universo que niega religión, creencias, familia.

"Cuando el mayordomo les repetía, en las mañanas, que habían sido traídas a la América para aprender a obedecer al Señor, amarlo y servirlo, Ba Lunda ocultaba su rabia, que la sentía caudalosa por dentro"³.

En la descripción que hace Chiriboga de la violación y el bautizo de Ba Lunda está el punto de inflexión de la primera parte de la obra. Ba Lunda es violada por el capataz al tiempo que pierde su nombre, su identidad.

"Ella cerró las piernas con intención de protegerse. Nasakó murmuró papá, papá, mientras el capataz abría los apretados muslos de Ba Lunda; el llanto de la madre hizo gritar a la niña. Un largo rato duró el forcejeo: al retirarse el anticipó: "Desde mañana te llamarás Rosa Jumandi"⁴

No, ella no se llamaría Rosa nunca, porque cuando viniera a buscarla Jabí, nadie le daría razón de Ba Lunda, y en ese momento que el odio perfila la venganza y vuelve la mirada a sus dioses, Oddán le daría el poder necesario para vengarse; mientras tanto se refugia en sus sueños, en el recuerdo de Jabí, de sus montañas y de su río Níger, en las voces de su aldea. Mataría al padrecito y al mayordomo, no sabía bien cómo pero los mataría.

² *Ibíd.*, p. 10 (todas las citas siguientes son del libro de Argentina Chiriboga).

³ *Ibíd.*, p. 32.

⁴ *Ibíd.*, p. 33

¿Renuncias a Satanás, le preguntó días después el sacerdote, renunció contentaron todas las mujeres. Renuncio dijo Ba Lunda, sin saber a qué más renunciaba. ¿Y a todas sus pompas? Agregó. Renuncio, repitió. Ego te baptizo in nómine Patris et Filii et Spiritus Sacti - hizo una cruz sobre la cabeza de Ba Lunda, que ahora era Rosa Jumandi, le mojó la cabeza y le puso sal en la lengua.

La venganza se torna imperiosa y Ba Lunda conjura la presencia de sus dioses cuando encuentra unos hongos que para probar si son venenosos se los da al gato con el que juega Nasakó. Los débiles quejidos y el estertor de muerte le indican que el momento ha llegado. Es en la fiesta de la zafra donde los capataces ofrecen aguardiente a los esclavos que Ba Lunda los coloca molidos dentro de dos pepinos, uno de los cuales lo pone al alcance del mayordomo:

“De súbito un grito cortó la diversión: Patrón, patrón. Con los ojos dilatados y dirigidos al cielo, el amo blanco parecía, así caído, estar pidiéndole perdón a Dios. Las esclavas, sin percatarse de lo sucedido, continuaban su euforia, atizada por los movimientos de la danzante. Los sustos apagaron la música; se oyó tiros de arcabuces; los perros añadieron sus ladridos al laberinto...”⁵

Pronto Ba Lunda se da cuenta que tampoco de esa manera obtendrá la libertad. Muchos esclavos sospechosos del crimen han muerto, y después de ese mayordomo vendrá otro, y otro, y otro, en una cadena era interminable. Chiriboga, entonces, recurre a la acción colectiva, Kan, la voz del levantamiento, de la fuga masiva, recorre la plantación. En su descripción, el lenguaje adquiere el ritmo de la marcha furtiva, y la persecución:

“Todos avanzaron hacia la colina, en el primer tramo de la fuga, antes de que aparecieran los perros. Después, correrían hasta las alamedas y las atravesarían; en seguida, sortearían los espineros, para, ¡ahora sí!, internarse y desaparecer en la selva. El guía, Nicolás Tutú, corría a la punta, señalando con las manos en alto el camino a las mujeres, que trataban de mantener el ritmo en el ascenso”⁶.

Poco después, la jauría de perros los atraparía. Paralelamente, Argentina Chiriboga nos ubica sin preámbulo pero sin cortar la intensidad del relato, muy lejos de allí, en África donde Jabí, es también atrapado y conducido al cautiverio. ¿Encontraría donde el mar se pierde en el horizonte a su mujer y a su hija?

No. Ha llegado la noche de navidad y la fuga definitiva, esta vez ni el amo ni los perros, ni los arcabuces podrán detenerlos.

“Los cantos tomaron mayor volumen. Pareció que los ancestros observaran a todos los congregados, cuyos rostros resplandecían a la luz de la fogata. Los recuerdos, las voces y el silencio rubricaban cada vez con más vigor, las alabanzas a sus dioses”⁷.

⁵ *Ibíd.*, p. 47.

⁶ *Ibíd.*, p. 57

⁷ *Ibíd.*, p. 67

En plena danza se suicidan tomando un líquido que pasa de boca en boca, único camino hacia la libertad. Ba Lunda no participa de la fuga final y definitiva en nombre del amor a Nasakó, pero ha llegado el final. Vendrán otros compradores, otros amos, y ahora sí la separarán de su hija. El dolor en el pecho se hace más intenso cuando intenta llamar a esa niña que juega cerca y cae muerta.

Nasakó, que ya no es Nasakó sino Juana Carabelí, es vendida a otra plantación. Allí aprende los oficios de la cocina y se enamora de Manuel Espinosa, un esclavo como ella. Así nace una niña. Se llamará Nasakó para que la reconozcan como nieta de Ba Lunda y Jabí. No, dice Juana, se llamará Nasakó Zansí, porque tiene algo de caballo. La historia se repite, Nasakó Zanzí es igualmente vendida y separada de la madre. La compra un español para que acompañe a su pequeña hija. Te llamarás Jonatás - le dice.

¿Quién era esa niña a la que el destino la uniría para siempre?. Era la hija bastarda de María Joaquina Aizpuru y de su amante español, Simón Sáenz Vergara, Miembro del Concejo de la ciudad de Quito, Capitán de la milicia del rey y recaudador de los diezmos del reino de Quito, casado con Juana María del Campo. Esa niña era Manuela Sáenz Aizpuru. Por entonces, Quito era una ciudad con 60,000 habitantes, y nadie osaba transgredir las reglas de la sociedad colonial. Manuela llegó al mundo con signo de amor ilícito y deshonor, y tal fue el escándalo que produjo su nacimiento que con frecuencia en las familias se hablaba más de la hija bastarda de Don Simón Sáenz que del movimiento por la independencia que se estaba gestando, y en el que esa niña tendría presencia. No en vano presagió muy joven: Mi país es el continente de América. He nacido bajo la línea del Ecuador.

A partir el texto 9 hasta el 14, en el relato de Argentina Chiriboga, hay dos personajes: Jonatás y Manuela, en ese orden.

“Cuando no había juegos nocturnos, iba al barracón y se acostaba con los ojos cerrados y los oídos agrandados, para grabar lo cuentos africanos que contaban las viejas. Allí, Manuela compartía con las esclavas sus comidas y sus ritos. Disfrutaban del temperamento humorístico de Jonatás, que pasaba la mayor parte del tiempo refiriéndoles las historias escuchadas en los cañaverales y remedando los defectos y el habla de los demás. Cuando las lluvias no les permitían a las dos niñas salir, mientras aprendían a bordar y tejer, las esclavas volvían a narrarlas cómo las había capturado, cómo las trasladaron y volvieron a venderlas. De oír tantas veces estas cosas, lloraron con ellas. Las ancianas les reiteraban sus historias, en el anhelo de que no se perdieran con el paso del tiempo”⁸.

En la obra de Argentina Chiriboga, la referencia a la presencia de Jonatás y su cercanía a Manuela Sáenz desde la infancia, cobra una gran relevancia. Es cierto que se trata de un relato literario, y por ello cabría pensar que es el producto de la creativa imaginación de la escritora ecuatoriana. Pero es un narrar que vincula la ficción con la realidad donde no necesariamente existe una contradicción entre la ficción como algo falso y la realidad como algo verdadero. ¿Quién puede afirmar que no hay líneas paralelas entre lo que fue y pudo ser?. En todo caso, en el corpus

⁸ *Ibíd.*, 84

discursivo de la narración se mezclan espacios donde la ficción no es verdadera, pero tampoco falsa. En ese contexto, ¿alguien puede negar la influencia decisiva que tuvo la esclava Jonatás en la vida de Manuela Sáenz tal como aparece en este libro?

Al quedar huérfana Manuela Sáenz, la persona más próxima que tuvo fue a Jonatás. Tenían también eso en común y ambas buscarían a la madre de Jonatás, se harían compañía en las largas ausencias del padre de Manuela, aprendería Jonatás con Manuela a leer y escribir, y ya adolescentes incursionarían en aventuras nocturnas cuando se escapaban a caballo vestidas de hombre. En su afán incluso roban a un hacendado para favorecer la compra de la libertad de mujeres que tienen hijos. Mientras Jonatás, fiel a sí misma, se inicia en el rito del cigarro, aprende a hablar con sus dioses, y en la voz de su madre, Juana Carabelí, cultiva también el gusto de los sabores de la cocina:

“Cerro los ojos y escuchó: Coge quince guayabas maduras, las pelas y las picas; en tres tazas de agua, las pones a hervir con una libra de azúcar, canela y clavo. Cuando estén bien blandas, las sacas, las machacas y las ciernes, y las pones otra vez al fogón, las mueves hasta que se vea el fondo de la paila; entonces, ya está la jalea”⁹.

Pero la explotación, el abuso, y la marginalidad no es solo asunto de las mujeres esclavas. El hacendado español al que le han robado, Pedro Pablo Seco, es un poderoso comprador de esclavas, pero de esclavas jóvenes, casi niñas, a las que asusta en las noches en su vano intento por poseerlas, de avivar su cuerpo envejecido de 80 años, libando licor, gritando alucinado por los cuerpos jóvenes que dispone y no puede tener. Gritos que escucha Doña Clorinda, la esposa vieja, humillada. Una noche ve huir a los jóvenes que le han robado las joyas. Vuelve a encontrar a Jonatás, Manuela, y Teba, el esclavo que las acompaña, y en silencio les indica dónde hay más dinero y joyas.

“Deslizaron cuatro saquillos de monedas procurando no hacer ruidos. Al bajarlos, la señora sintió fatigas; sus nervios estaban a punto de estallar. Rápida, buscó el sofá y vio a los jóvenes alejarse con la fortuna, en tanto Pedro Pablo continuaba roncando”¹⁰.

No los encuentran cuando se inicia la percusión en pos de los ladrones, en un relato que se mezcla con la violencia de las peleas de gallos de los hacendados. Mientras Jonatás continúa la búsqueda de su madre, y la llegada de nuevos esclavos le permite conocer a Ciro Bacaro, un esclavo negro que la encandila como hace Jorge, con Manuela. La tensión y el desenlace de la obra se inicia con el viaje a Panamá donde Manuela Sáenz conoce a James Thorne, con el que se casa, previo embrujamiento de Jonatás.

Después viajan a Lima. Aquí donde Manuela Sáenz conoce a Rosa Campusano y juntas conspiran a favor de los rebeldes que luchan por la independencia, y roban las campanas de las iglesias para fundir cañones que los rebeldes necesitan. Aquí San Martín la condecora y Bolívar escucha hablar de esa mujer que será el amor

⁹ *Ibíd.*, p. 88

¹⁰ *Ibíd.*, p. 117.

definitivo en su vida. Aquí también, Jonatás encuentre y pierda para siempre a su madre, convertida en esclavista que denuncia a los esclavos que se escapan del cautiverio. El destino está trazado cuando regresan a Quito:

“Todo era subir y subir: las tropas deben ganar la cumbre del Pichincha el 24 de mayo de 1822. Bordean los desfiladeros; algunos resbalan a los abismos lanzando exclamaciones, cuyos ecos se esfuman en los milenarios riscos de los Andes. Jonatás asegura su arma y, al ser presa de una rara agitación, susurra la oración del Señor de la Victoria: Con dos te veo, con tres de ato, la sangre te bebo y el corazón te parto”¹¹.

Bella imagen, la última de Jonatás que nos brinda Argentina Chiriboga, en este hermoso y conmovedor relato.

¹¹ *Ibíd.*, p. 166